



Sergio Pollastri

## Un par de campanadas

Amigos en la adolescencia, un ex oficial montonero y un coronel retirado discuten, cincuenta años después, la grieta de los '70 y la de hoy



NUESTRA



AMERICA

**Sergio Pollastri**

# **Un par de campanadas**



NUESTRA  AMERICA

## Sobre *Un par de campanadas*

Amigos en la adolescencia, un ex oficial montonero y un coronel retirado se reencuentran cinco décadas después y discuten sin tapujos sobre los años '70. Los mutuos cuestionamientos son tan ácidos e inevitables como las referencias a su vida actual y las evocaciones hilarantes de su paso por el Liceo Militar donde se juraran fidelidad para siempre.

Con anécdotas que escribieron la verdadera historia, los dos protagonistas se arremeten y defienden alrededor de los temas calientes y las controvertidas consignas de la época: ¿La violencia de los '70 constituyó una guerra? ¿Quién la comenzó? ¿Comparten los cuadros menores -tanto de la guerrilla como de las Fuerzas Armadas- la misma responsabilidad que los jefes que diseñaron las diferentes acciones y la represión? ¿Hubo una violencia justa y otra que no lo fue? ¿Cómo explicar que en nombre de la defensa de la patria se hayan creado campos de concentración y exterminio de compatriotas? ¿Cómo entender que en nombre de un mundo más humano se haya atentado contra la vida de personas ajenas al enfrentamiento? ¿Qué explicación puede darle un militar sanmartiniano a la apropiación de los bebés de los vencidos y a la violación de

las detenidas? ¿El objetivo insurgente era la fundación de una democracia participativa o de una dictadura? ¿Todos los militares y todos los guerrilleros cometieron exacciones? ¿Hubo una verdadera autocrítica de los participantes en el conflicto? ”.

Tensión, ternura, gritos y carcajadas enmarcan esta discusión sobre hechos ocurridos hace cuatro décadas pero que hoy siguen siendo de obsesiva actualidad bajo el nombre de “grieta”.





## **SERGIO POLLASTRI**

Nació en Buenos Aires en 1952. Vivió casi 25 años en París y sus alrededores, donde trabajó como taxista en tanto realizaba estudios universitarios nocturnos. Tras recibir su diploma en Etnometodología, ejerció varios años como docente en la universidad París VIII. En 2006 se instaló en Buenos Aires y trabaja como acompañante turístico francófono.

En 2001 publicó en Francia su novela *Les divans de l'exil*. En 2003 le siguió, en Argentina, la novela histórica *Las violetas del paraíso, una historia montonera*. Luego vinieron *El sabor posible* en 2012 y *El itinerante*, en 2017.

Apasionado del tango y de la música folklórica setentina, integró el coro de música popular de SADAIC y luego la formación vocal Amicanto.

Mención Especial en el Concurso Nuestro Teatro 2020, organizado por el Teatro Nacional Cervantes, por su obra "El último carreteo".

*Para esos tres seres indispensables que  
hacen de mí quien soy: mi compañera  
Johanna Pizani Palacios, y nuestros dos  
hijos, Alejo y Nicanor Pollastri Pizani.*

*Para Pastor Asuaje, por su nobleza y su  
amistad.*

*Y, por supuesto, para el amigo sin cuya  
participación esta novela no hubiera  
podido ser escrita.*

*“Un par de campanadas* es una novela que aborda algunos episodios de conocimiento público ocurridos en Argentina. Los otros –al igual que sus dos personajes principales– son puros elementos de ficción, por lo cual, cualquier parecido con hechos y personas reales es absolutamente casual y ajeno a la voluntad del autor.”

# Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Dedicatoria

Un par de campanadas

Créditos

Otros títulos de esta editorial



Cuando el “Tumi” Alberto Fonseca identificó al “Calandraca” Ignacio Velárdez viniendo directamente hacia él, se levantó del banco de la plaza que da sobre la calle Defensa y salió a su encuentro. Se prodigaron un abrazo largo y sentido, en el cual no hubo palmaditas de bienvenida sino más bien la necesidad de estrecharse, de sentir que el otro estaba ahí, definitivamente vivo.

Después se tomaron de las manos para estudiarse de arriba abajo:

-No seamos hipócritas: nada de “estás igual” -armó la guardia el Tumi Alberto-. Los años nos hicieron de goma.

-No exagerés: a cambio del pelo ausente nos regaló una viril y señorial buzzarda.

-En todo caso teníamos la misma estatura y ahora te saco media cabeza. ¿Te achicaste vos o a mí me regaron demasiado? -preguntó el Tumi comparando las tallas.

-Usás tacos demasiado altos -respondió el Calandraca en plena carcajada, mientras con un golpecito de mentón señalaba la ochava de Humberto Primo-. ¿Te parece el bodegón de la esquina?

-Cualquiera menos el Starbucks -se atrincheró el Tumi.

-¿Todavía te dura el reflejo antiimperialista?

-Antiimperialismo un carajo: hoy mi guerra es contra los cafés con gusto a jugo de paraguas.

-Espero que no te hayas convertido en abstemio: yo pensaba festejar el encuentro con unas cervezas.

-Al respecto, mi única exigencia es la marca: Quilmes, así, a secas, nada de "Imperial". Y, de ser posible, a presión.

Largaron la risa y cruzaron la calle con la mano del Tumi sobre el hombro del Calandraca. En el Plaza Dorrego se instalaron casi al fondo, contra la pared repleta de alacenas de viejo almacén de barrio.

-Adoro estos bodegones del siglo XIX -dijo el Tumi, disfrutando de las mesas y los mostradores desdibujados bajo las inscripciones grabadas por los *habitués* a punta de cuchillos y cortaplumas.

-¿Te acordás de la época en que aquí te dejaban tirar al piso las cáscaras de maníes? -añoró el Calandraca Velárdez.

-Me acuerdo. Era como caminar sobre una alfombra de cucarachas. Lástima que hayan abandonado la tradición.

-¡Cincuenta años! ¡Qué lo parió! -exclamó el Calandraca, impactado por los rasgos perfectamente reconocibles del Tumi.

-Lo sorprendente no es que haya pasado medio siglo, sino que aún estemos acá a pesar de todo. ¿Por dónde comenzamos? -sondeó el Tumi.

-Por una curiosidad: ¿conservás el apodo?

-Claro. Por una cuestión de prudencia lo tuve en paréntesis durante un tiempo razonable, pero ahora es raro que me digan Alberto. En cambio vos no debés ser Calandraca desde hace decenios.

-Sólo para los compañeros de nuestra camada del Liceo. De oficial capaz que alguien me verdugueó, y para mis subordinados era el teniente o el mayor Calandraca. Pero yo no me enteré.

-¿En el Colegio Militar no te llamaban Calandraca?

-Los hubiera cagado a trompadas. Por suerte el apodo se perdió en el paso del Liceo al Colegio Militar.

-¿Y tu mujer cómo te dice?

-Chicho. Pero cuando está enojada para ella soy Ignacio.

-Ja. A la mía le pasa lo mismo.

-¿Primera, segunda o tercera? -preguntó el Calandraca con una sonrisa pícara.

-La tercera -respondió el Tumi sin complejos-. Y me imagino que la tuya debe ser la primera y única: los milicos no se divorcian.

-Es la segunda. Con la primera sólo duré cinco años, sin hijos. Y supongo que vos tenés tres: uno con cada una.

-Negativo: ninguno con la primera, dos con la segunda y uno con la tercera.

-A ver, dejame adivinar: el tercero todavía es un niño y tu señora debe tener treinta menos que vos.

-Veinticinco. ¿Por qué lo sospechaste?

-Pura deducción ideológica: si un zurdo no envejece con una mina joven al lado ¿qué carajo le quedó tras haber intentado la revolución? Además, sería la cargada de sus cumpas.

La risa del Tumi se escuchó hasta en el baño oloroso a meada de la víspera, mientras el mozo les dejaba las jarras y el platito de maníes sobre la mesa.

-Esa estuvo muy buena. Es cierto: la mayoría de nosotros rehízo su vida junto a una pendeja. Con las de nuestra generación solemos andar a las patadas. Es clásico: los que pierden en una causa común se echan la culpa mutuamente.

Alzaron los chops sudando frío y los chocaron con ruido a vidrio espeso.

-Es bueno reencontrarte, Calandraca.

-Para mí también es un gusto.

Se regocijaron con un largo trago y eructaron con cuidado.

-¿Qué sabés de la gente de nuestra camada? -tanteó el Tumi.

-Cenamos juntos una vez por mes desde hace varios años. Hasta tenemos una página en Facebook.

-Mirá vos. ¿Son muchos?

-En la cena mensual unos veinte. En la anual al menos setenta.

-Todos milicos, por supuesto.

-Para nada. Los milicos somos una minoría.

-Bueno, pero todos deben ser milicos *de acá* -arriesgó el Tumi golpeándose la sien con el índice.

-¿Vos lo sos? -sonrió el Calandraca.

-Después del Liceo seguí siendo milico, pero por la zurda. Nueva carcajada y vuelta a empinar los chops con un *¡salú!* distendido y feliz.

-Las cosas que mamás de adolescente en un internado te marcan para siempre, seas cura, civil o milico -completó el Tumi-. Yo todavía pelo las bananas con cuchillo y tenedor.

Escandalizado, el Calandraca se llevó la mano a la frente:

-¡Seguro que hasta doblás las camisetas con la tablita y la ponés en una silla al pie de la cama!

-Es lo único que me falta para que Jorgelina me cague a chancletazos. Contame algo de los muchachos.

-El "Tinco" Inchausti, el "Loco" Valdez, el "Piraña" Gunter y Marcelo Stiera son bogas.

-¿Marcelo boga? ¿Qué hace Marcelo entre los cuervos? ¡Era un bocho de cuadro de honor y estrellita en el pecho! ¡Pensé que se dedicaría a la física nuclear o a la astronomía!

-Carlos Malargüe, el "Vasco" Unanue, Jorge Suárez y el gordo Sampietro son médicos. Hay varios ingenieros, contadores y arquitectos. Unos cuantos se dedicaron al comercio.

-¿Se *fuleron* muchos?

-Varios. El "Tarope" Luciani, Marcos Villagra, Echenhausen, Dalerio, Cicchino...

-¡El “Tarope”! -exclamó Tumi con nostalgia-. Era de bromas pesadas: no paraba de ponerme chinches en la silla del aula. Andaba con el culo hecho un colador. ¡Si nos habremos cagado a piñas por boludeces! ¿De qué murió?

-Jugando al fútbol con unos compañeros de la universidad.

-¿Un infarto?

-Para nada. En un córner varios saltaron para cabecearla y se empujaron en el aire. Él se fracturó el parietal contra el poste. No pudieron salvarlo.

-¡Me estás jodiendo! ¡Es increíble!

-Y, sí: veintiún años. Villagra se fue en un accidente, Echenhausen y Dalerio de cáncer... Y así los otros. Unos veinte. Andamos de velorio dos o tres veces al año.

-¿Hay muchos veteranos de Malvinas?

-Siete. Tres condecorados. Por suerte ningún muerto.

-Y... ¿muchos en cana? -se animó a agregar el Tumi.

-Seis. Otros cuatro están procesados, pero libres por el momento. Entre los presos hay dos condecorados en Malvinas. Los jueces son unos hijos de puta: condenaron por cumplir órdenes a pendejos recién recibidos que, si se negaban a obedecer, en el mejor de los casos los daban de baja. Eso si no los mandaban a un tribunal militar y de ahí a la cárcel o al paredón.

-¿Los condenaron por cosas muy pesadas?

-Delitos de lesa humanidad, que le llaman. Toda una farsa, qué querés que te diga. Los vencedores de la guerra



se mueren en las cárceles mientras Firmenich, Perdía, Mattini y otro montón de subversivos andan sueltos y cobran indemnizaciones o pensiones que les pagamos con nuestros impuestos.

-Bah, si es por eso ustedes reciben de la democracia el retiro y pensiones a pesar de haber pertenecido a un gobierno de facto. Si se pretende un poco de equidad, se les paga a los dos o a ninguno.

El Calandraca arrugó la frente.

-No podés compararnos con ustedes -dijo-. No lo digo por vos porque no tengo muy claro en qué anduviste.

Tumi le hizo el gesto irónico de *“dejá de tomarme el pelo”*, corrió la silla, puso un pie sobre la mesa y se subió el pantalón hasta la rodilla dejando a la vista dos pequeños círculos morados, como fabricados con una brasa de cigarrillo.

-Y tengo otro chumbazo aquí arriba, en la pierna, que casi me arranca un güevo.

Al no saber cómo continuar, el Calandraca prefirió la pausa.

-Pero no fueron ustedes. Fueron los del Comando de Organización, en Ezeiza.

El dato pareció aliviar al Calandraca:

-Y, sí: ese día les dieron sin asco.

-En esa época yo aún me comía lo de la hermandad peronista -completó el Tumi devolviendo la pierna bajo la mesa-. Al otro día, por la tele, el “Viejo” nos encajó la

responsabilidad del tiroteo. En ese mismo momento dejé de ser “perejil”. ¿Y vos?

-Hice la carrera normal de cualquier milico: como al llegar a coronel el puntaje no me dio para general, me pasaron a retiro.

-El puntaje o las influencias.

-También. Pero en ese caso podemos decirlo al revés: las influencias que te permiten un puntaje que te haga general.

-¿Y desde entonces te dedicás a alguna otra cosa?

-Cuando necesito juntar unos mangos extras, laburo como seguridad en las empresas. Tal como están las cosas hoy, lo hago cada vez más seguido.

-¿Cuántos generales dio la camada?

-Dos, y por mérito: Cachabechea y el “Rudy” Mengalesio. ¿Y vos?

-¿Yo qué?

-¿Hasta dónde llegaste?

-Bah: no pasé de oficial. Pero casi termino como aspirante.

El Calandraca rio con precaución:

-Mirá vos. Yo te hacía más arriba, por lo menos oficial primero.

-No, qué va.

-Siempre tuve la curiosidad de saber cómo carajo los ascendían.